



Columna



María José Sánchez Arrieta
CEO de Global South Consulting



Paula Guerrero Zaro
Magister e Ing. civil Industrial

Cuando la infraestructura no conversa con el territorio

Quien conoce Atacama lo percibe con claridad: un territorio que aporta de manera decisiva a la economía del país convive, al mismo tiempo, con carencias básicas que siguen marcando la vida cotidiana. No se trata solo de cifras o rankings, sino de experiencias concretas: dispersión geográfica, conectividad digital insuficiente, acceso desigual a la salud, sistemas de agua tensionados y obras largamente prometidas que no terminan de llegar.

“En tiempos de restricciones fiscales, la pregunta clave no es cómo invertir más, sino cómo invertir mejor. Atacama tiene activos, conocimiento y urgencias claras”.

Esta paradoja no es nueva, pero sigue interpellando. En una región donde operan industrias clave —minería, agricultura y energías renovables—, una proporción relevante de la población vive en condiciones de pobreza multidimensional. El problema no es únicamente cuánto se invierte en infraestructura, sino cómo se decide y prioriza, con qué visión territorial se planifica y cuándo se gestiona.

Durante años, la conversación pública ha tendido a reducir la infraestructura a un listado de obras pendientes: la doble vía de la Ruta 5 Norte, la construcción y reposición de Cesfam y postas ru-

rales, embalses y brechas persistentes en alcantarillado y establecimientos educacionales. Sin embargo, cuando estas inversiones se conciben como proyectos aislados, pierden su capacidad de transformar el territorio. Una carretera que responde solo a una lógica productiva puede profundizar desigualdades si no conecta personas y servicios. La infraestructura mal pensada no es neutral: produce exclusión y descontento.

Aquí es donde la inteligencia territorial cobra sentido. No como consigna tecnológica, sino como una forma distinta de gobernar el desarrollo: integrar datos, evidencia y conocimiento local; anticipar escenarios; coordinar instituciones y actores; y tomar decisiones con visión de largo plazo. Es pasar de reaccionar a las urgencias a construir sistemas habilitantes para el bienestar y la cohesión territorial.

La brecha que enfrenta Atacama no es solo de inversión; es estratégica e institucional. Superarla exige fortalecer la capacidad del Estado, pero también articular de manera más decidida al sector privado y a la academia, en un rol de co-creadores de soluciones territoriales.

En tiempos de restricciones fiscales, la pregunta clave no es cómo invertir más, sino cómo invertir mejor. Atacama tiene activos, conocimiento y urgencias claras. El desafío es lograr que su infraestructura, esta vez, sí converse con el territorio.